

EDWARD SAID : PERTENECER A MAS DE UNA NACIÓN.

Joan Oleza

Levante. El Mercantil valenciano.

Miércoles, 30 de Octubre de 2002

En estos días se ha entregado el premio Príncipe de Asturias de la Concordia a Daniel Barenboim y a Edward Said, como resultado de una decisión de un jurado que se ha mostrado este año poco convencional, nada obsequioso con los grandes poderes del mundo, pero comprometido con la busca de una mediación en los cada vez más graves conflictos entre el Primer y el Tercer Mundo, tal como se dirimen en una de sus zonas más calientes, la tierra de Palestina. De Daniel Barenboim se ha hablado más, pero la figura de Edward Said ha pasado casi desapercibida para nuestros medios de comunicación, fascinados por el siempre ingenioso e histriónico tartamudeo de Woody Allen.

Y sin embargo, la talla humana y la relevancia de este intelectual nacido en Palestina, en 1935, y catedrático de la Columbia University de Nueva York, difícilmente se podrían poner en duda. Su prestigio se fundamenta en dos bien definidas líneas de trabajo. Por un lado, la renovación de la crítica literaria y cultural en los Estados Unidos, en la que ha actuado como decidido partidario del final de la primacía formalista (del *New Criticism* al Deconstruccionismo, pasando por el Estructuralismo) en la teoría literaria, como defensor de un regreso al texto literario concebido en sus vinculaciones sociales e históricas, como analista de la relación entre la crítica literaria y el poder, como censor de un canon literario tan occidental como conformista, como introductor en los USA de modelos europeos de pensamiento crítico, de Gramsci a Foucault. Es el E.Said de libros como *Beginnings: Intention and Method* (1975) o *The World, the Text and the Critic* (1983), no traducidos al castellano. A través de ellos, Said, que a pesar de la marcada influencia marxista en su pensamiento se niega a identificarse como marxista, y que repudia cualquier actitud dogmática (la crítica ha de ser secular, no clerical, escribe), es reconocido como el más característico representante de lo que se ha dado en llamar "Post-marxist Cultural Criticism", dentro de la crítica de izquierda ("Leftist criticism"), y de la corriente teórica conocida como "Cultural Studies". Este E. Said no ha aceptado la habitual reclusión del académico norteamericano al ámbito tan aislado como privilegiado de las opulentas universidades

de élite, donde su papel es mucho más el de un "scholar" (un erudito) que el de un intelectual, a la manera europea, y ha adoptado en cambio, como Noam Chomsky, con el que tantas veces se le relaciona, una actitud que compagina el alto nivel científico con el activismo civil.

En la segunda de sus líneas de trabajo E. Said se constituye en el más reputado crítico de los "Post-colonial Studies", aquellos estudios que se enfrentan desde actitudes postcoloniales a la cultura colonial del pasado o a la de las naciones que fueron colonias y luchan hoy por una difícil emancipación cultural. En este aspecto Said es el autor de obras como *Covering Islam* (1981) y, sobre todo, *Orientalism* (1978), libro que marcó una época en la opinión cultural norteamericana, y en el que analiza críticamente cómo se configuró el imaginario occidental sobre Oriente.

El activismo cultural y la crítica del colonialismo cultural de Occidente confluyen en su posicionamiento como intelectual palestino-norteamericano, que ya está presente en libros tempranos como *The Question of Palestine* (1979), pero que se manifiesta sobre todo en su actividad junto a Daniel Barenboim y otros intelectuales (entre los que se encuentra el español Juan Goytisolo) y sectores de la opinión tanto israelí como palestina, en la busca de una mediación que por difícil no es menos necesaria entre los dos pueblos lanzados a un terrible enfrentamiento, y que pasa por la denuncia del fanatismo y de la actuación del poder en uno y otro bando.

Todos estos aspectos confluyen en un libro de 1993 traducido en 1996 al español, *Cultura e imperialismo*, cuya lectura recomiendo. En él se estudia la conexión entre la cultura occidental, y muchas de sus grandes obras artísticas, y el proceso imperial del cual forman parte necesaria e inculcablemente. Esto permite plantearse, en la tercera parte, la resistencia que brota desde dentro mismo del imperio al imperialismo. La última parte del libro aborda no la historia del imperialismo sino su presente, el de unos Estados Unidos que perpetúan de forma más indirecta pero no menos efectiva el imperialismo, a pesar de que no se reconocen como imperio, prefiriendo imaginarse a sí mismos como primera nación del mundo, y como tal responsable de dirigirlo, de defender la libertad, la democracia y el orden mundiales.

Uno de los aspectos más interesantes del libro es el de la posición en que se coloca su autor, en el entrecruzamiento de territorios e identidades diversas, la árabe, la europea, la norteamericana, en las que se ha forjado su biografía, pero también en la experiencia multicultural de las sociedades contemporáneas, que provoca y desafía "la noción fundamentalmente estática de *identidad* que ha sido el meollo del pensamiento

cultural durante la era del imperialismo". Todavía somos los herederos de una manera de proceder según la cual el mundo se divide en "nosotros" y en "ellos", y en la que "cada uno se define por la nación, que a su vez extrae su autoridad de una tradición supuestamente continua", en la que se seleccionan determinados acontecimientos, autores, libros, monumentos, y se excluyen otros. Said se pronuncia nítidamente en contra de esta manera: No muestro la menor paciencia ante la afirmación de que "nosotros" única o principalmente debemos ocuparnos de lo que es "nuestro", escribe. Como consecuencia en buena medida del imperialismo colonial del pasado, pero también del presente, "todas las culturas están en relación unas con otras, ninguna es única y pura, todas son híbridas, heterogéneas, extraordinariamente diferenciadas y no monolíticas". Said dice de sí mismo: "crecí como árabe pero con una educación occidental...pertenezco a los dos mundos sin ser completamente de uno o de otro", y confiesa "mi sentimiento de pertenecer a más de un grupo y de una historia". Desde esta posición de encrucijada, que prefiere la integración de lo heterogéneo a la exclusión de lo diferente, Said desafía a sus lectores: ustedes deben decidir, les dice, si se puede considerar esta actitud como alternativa saludable al sentimiento corriente de pertenecer a una sola cultura y de lealtad a una sola nación.

El premio concedido a este intelectual tan poco convencional que es Edward Said, quizás propicie que nosotros, también, y desde nuestra propia posición de cultura, nos lo preguntemos y lo decidamos.